

JUAN MATA

Pregunta: *¿Cuál es tu experiencia personal con la música?*

Respuesta: Mi historia personal es muy común a tanta gente pero no por eso menos interesante. Debo empezar diciendo que nunca he tenido educación musical. Nunca. Y es de las cosas que más lamento en mi vida. Porque me hubiera gustado haber aprendido, cuando estas cosas creo que tienen un valor más fecundo, haber tenido oportunidad de estudiar música, y haber escuchado y saber interpretar un pentagrama, y las notas... lo que forma parte de la educación mínima que alguien debe tener. Nunca, nunca tuve. Es más, recuerdo que, salvo la radio, que era una fuente permanente de información, en mi casa no ha habido instrumentos musicales, ni siquiera un reproductor de música hasta que yo tuve, creo recordar, 12 años, que fue cuando mi madre compró, cuando nos vinimos a Granada, un tocadiscos, un "pick-up" de aquellos. Y yo recuerdo que mi primer disco que compré, y no se muy bien como, porque estas cosas son siempre muy misteriosas, fue los Conciertos para piano de Chopin; no se por qué eso fue lo primero que allí entró en mi casa. ¿Por qué? No lo se. Y el disco que a mí me hizo empezar a comprar algo, fue curiosamente una música de película, que, por otras razones como siempre misteriosas, me conmovió de un modo extraordinario: "La muerte tenía un precio" de Ennio Morricone. Con 13 años, aquello te puede marcar de un modo tan misterioso que... Entonces yo recuerdo que en el comedor de mi casa, con aquel tocadiscos extraño que allí entró, era la música de piano de Chopin y "La muerte...": Lo cual indica que los caminos, los inicios a veces son bastante sorprendentes. Y posteriormente, por otro de esos azares que se producen en la vida, recuerdo que me compré, porque estaba obsesionado, un cassette de bobinas, muy grande, Sony, porque yo quería grabar cosas y como en aquellos momentos no había otros aparatos... Recuerdo que al comprarlo regalaban una cinta con conciertos, y recuerdo la impresión que me produjo, para que se vea como funcionan a veces los principios caóticos del gusto por la música, una pieza de Penderecki: aquello me dejó alucinado; no recuerdo muy bien, porque hace unos 40 años, quizá un Oratorio sobre la muerte de Jesús. El caso es que apareció así.

He echado siempre en falta no haber tenido una orientación, más o menos ordenada, con respecto a la música. Mi formación, como en literatura, arte... ha sido siempre muy individual; que por una parte esta bien, pero por otra he echado en falta siempre guías, adultos, maestros que me guiaran mejor: yo creo que habría perdido mucho menos el tiempo en muchas cosas y quizá, ahí, hubiera necesitado ir a las cosas que importan, no dar vueltas... Es quizá común a mi generación. Y eso es algo que ahora, cuando yo lo he reelaborado, es cuando me he dado cuenta de la importancia de estas personas, de maestros, padres, amigos, asociaciones... alguien que tiene un conocimiento depositado y lo transmite. Quizá por mis carencias, es por lo que me he convertido después en un defensor absolutamente confiado y militante de la necesidad de la didáctica en todos los campos. Y cuando hablo de didáctica, hablo en el mejor sentido de la palabra, de la capacidad de transmitir a las nuevas generaciones un conocimiento acumulado durante años, durante siglos, y que eso sea hecho en las mejores condiciones, en las mejores circunstancias, con las ayudas más favorables.

Quería contar esto para entender que uno es a veces fruto de sus propias carencias, y cuando después el tiempo te ha dado una oportunidad, he visto que aquí había algo que podría subsanar, en cierto modo, mi propia infancia. Ahora sí que es verdad que me siento enormemente feliz cuando veo que algo de lo que yo se, de pronto va a quien empieza a vivir, a los niños, en la escuela o fuera de ella, que de repente reciben lo que todos sabemos ya, y lo sabemos en las mejores circunstancias y ahora queremos transmitirlo. Y es ahí cuando de verdad el sentido de la educación adquiere su plenitud. ¿Cómo fue después? A trompicones, como creo que la mayoría: indagando, preguntando, escuchando a gente, sabiendo y siendo consciente de mis limitaciones, eso después me ha ido conduciendo a querer saber más; y es cierto que en un momento dado de mi vida me interesó profesionalmente cómo se formaba la mente (me interesan mucho las cuestiones del cerebro y la construcción de la mente), y es verdad que se cruzaron siempre en el camino ideas de la importancia de la música. Y ahí ya me preocupé por leer, por preguntar, por estar un poco atento, porque después me he dado cuenta que la música era algo más que mis balbuceos, mis torpezas de joven. Y eso me ha ido llevando poco a poco a pensar que ahí hay un terreno francamente maravilloso.

¿Mi relación con la OCG? Por cuestiones amistosas y profesionales, me ha ido llevando a trabajar con grupos de títeres, de danza, de teatro... Y eso cada vez me produce una satisfacción, porque aunque es algo paralelo o alejado de mi trabajo profesional, pero sin embargo creo que me permite expresar o poner en práctica lo que yo no tuve. Y ahí a veces creo que puede ser una cuestión, una explicación sentimental; a veces eso es lo que nos impulsa a hacer de mayores lo que de pequeños no tuvimos. En este caso, cuando veo que hay niños de 8, 9, 10 años que ya van a conciertos y que sus profesores, afortunadamente, les explican cosas, entienden y valoran la música, eso me parece un milagro, comparado al menos con mi generación.

*P. Las acciones educativas que se pueden desarrollar desde Orquestas o Instituciones que tienen actividad en este campo ¿en qué dirección crees que deben de ir?*

R. Creo que los dones de la inteligencia y la creatividad humana, en este caso, la música, pero también la literatura, el arte... cualquier expresión del ser humano, mi obsesión es que tienen que ser patrimonio de la humanidad en su conjunto. Me duele pensar que puede haber millones de personas que no han podido disfrutar de un poema, de un concierto, de un cuadro... que eso está negado por razones de educación, económicas, de vida... y por lo tanto, la obsesión que he tenido siempre es que todo el patrimonio de la humanidad debe ser disfrutado por todos. Una Orquesta tiene un conocimiento tan extraordinario de la música que me duele pensar que sólo sea regalado a unos pocos, que pueden en algunos casos permitírselo económicamente, pero en muchos casos porque los circuitos que conducen a una persona a un concierto, a un auditorio, son circuitos que para la mayoría son laberínticos. Si recuerdo una vez más mi juventud, lo que a mí me costó salir, metafóricamente, del barrio del Zaidín, donde he vivido toda mi vida, hasta un concierto de los Festivales de Música y Danza, a veces mucha gente acostumbrada desde pequeño a ir de la mano de sus padres a ese gesto, a ese acto tan elemental, pues a mí me costó muchísimo. Hay que vencer muchas cosas: los miedos, porque tú no formas parte de ese grupo, de esa élite, de esas personas escogidas; el miedo

a saber si estarás a la altura de esa cuestión; el miedo a no comprender y sentirte al margen, marginado e incluso diríamos, humillado por esas circunstancias. Pero cuando decides dar el paso, ir a una taquilla, comprar una entrada y empezar a caminar (en este caso, no sólo simbólicamente, desde el barrio del Zaidín hasta la Alhambra), eso es un gesto de una trascendencia que, para quien está acostumbrado a hacerlo de pequeño, le resultará ridícula, pero para mucha gente un esfuerzo enorme porque tienes que romper tus barreras, tu memoria, tu experiencia, tus miedos, e ir allí. Yo sé que mucha gente todavía tiene miedo a esto; y me parece que el miedo a la música, que lo tiene mucha gente, el miedo a no entender, a no ir, a no saber, a encontrarse relegado... ese miedo es uno de los que más rabia me da.

Si yo pudiera hacer algo (y en este caso, hago cosas) para hacer que la gente entendiera que escuchar música puede ser unos de los placeres más importantes de su vida, yo creo que eso sería, sin duda, un modo de transformar la sociedad. Pero ese esfuerzo que es de la gente hacia la Orquesta, también tiene que ser en sentido inverso, de la Orquesta hacia la gente.

*P. En relación con esto, ¿no crees que las Orquestas, al menos en su mayoría, no han descubierto aún cuál es su papel social, responsabilidad social como actores sociales comprometidos con un modelo claro de sociedad, no el que hemos sufrido, sino con el que queremos construir; ese compromiso que deben tener las Orquestas, salir de su ensimismamiento?*

R. Creo que mucha gente no lo ha descubierto, muchos músicos no lo han descubierto; pero atención: muchos pintores o escritores no lo han descubierto, porque de lo que estamos hablando es de una idea previa que no en todo el mundo arraiga, y es pensar que todo lo que yo haga en un aula, en el trabajo, en la oficina, en el auditorio, en una galería... tiene que ser un medio para hacer un mundo mejor, cosa que, por otra parte, ya ni incluso en los medios educativos se habla; se habla de cuestiones tan absolutamente burocratizadas que la gente que habla de que hay que mejorar el mundo, transformar las cosas, tener confianza en la gente, cambiar el modo de vida... este lenguaje que para mí sigue siendo el lenguaje principal, hay mucha gente que no lo utiliza ya.

En el caso concreto de las Orquestas, de los músicos, pensar que tienen una función cívica, pues parece bastante difícil, muy difícil. Quizá habría también que hacer una labor con los músicos para que ellos pudieran pensar a su vez que tienen que cumplir una misión cara a la gente y no solamente satisfacer, o el gusto personal o el gusto de una parte pequeña de la sociedad, que a veces va a la música por cuestiones, incluso, de "figureo", para entendernos.

Pero hacer de la música lo que es, y lo que un compositor, cuando se pone a escribir tiene en la cabeza, que quiere transmitir un mundo, emociones y sentimientos, su historia, su memoria... y que alguien reciba, si lo admitimos, por ejemplo, de la literatura, que es el mundo que mejor conozco, ¿por qué no admitirlo de la música? Y si hemos logrado que los libros estén al alcance de la gente lo más posible, lo mejor del entendimiento y de la emoción...

En la medida que pudiéramos hacer de toda manifestación artística una forma de participación en la vida, yo creo que sería una cosa admirable. Pero eso, no todo el mundo lo ve así; los músicos, creo que también deberían de verlo, al igual que gestores, instituciones,... todos... Pensemos que son "servicios públicos", palabra que me gusta mucho y que mucha gente ha perdido su uso. Es la idea de la sociedad en su conjunto, la que organiza, prepara, paga... unos servicios que después revierten, y tan servicio público puede ser un ambulatorio y una escuela como un auditorio, una galería... Cuando son instituciones "públicas", lo que están haciendo es servicios "públicos". En este sentido, creo que la educación musical es parte de la mejora de la vida en su conjunto, y aunque mucha gente no lo vea, creo que todos estamos llamados a aportar algo, sobre todo con quienes empiezan a vivir, que son los niños

*P. Hay dos corrientes en este campo que predominan: una centrada más en el aspecto divulgativo, espectáculo, consumo... y otra centrada más en el aspecto pedagógico, educativo... y ambas se miran con cierto recelo. ¿Qué opinión te merece?*

R. Sin duda alguna, e imaginando lo mejor, si pudiéramos buscar puntos fronterizos o en los que se cruzaran ambas posturas, sería lo mejor, porque hermosísimo es y emocionalmente impagable la asistencia a un concierto: ver los músicos, escuchar los instrumentos, participar de esa emoción... eso es algo extraordinario. Pero a mí me parece que eso sólo no sería suficiente.

Hay momentos en los que construir y darle sentido a las cosas, yo creo que es una labor maravillosa, porque si después de escuchar un concierto, alguien nos hace ver que ahí hay algo que forma parte de la memoria de un compositor, de su experiencia como músico, de sus investigaciones en el campo de los sonidos... Cuando alguien da sentido a lo que se ha escuchado, y construye a su vez, discursos, pensamientos, sentimientos alrededor de ello, esa labor pedagógica es para mí la suprema.

Si hubiese que elegir, me quedaría con la segunda, pero creo que habría que conseguir esa fusión en la que, después de asistir a un suceso emocional, alguien viene después a construir a dar sentido, a buscar formas, relaciones con la vida, el futuro, con la forma de entender el mundo... si eso viene después, eso sería para mí la máxima opción. En este sentido, como profesionales de la educación, de la enseñanza, pero también como amantes del arte, de la expresión artística en su conjunto, creo que nuestra obligación es dar significado a lo que se ve, se percibe, se escucha... eso requiere conversación, pregunta, atención, tiempo, paciencia... pero si , finalmente, después de una experiencia artística, el niño construye ideas sobre las cosas gracias a la intervención de un adulto, de un profesor, eso es, francamente, lo mejor que podemos hacer.

*P. Ese despertar emociones al que te has referido como clave de enganche, ¿no es muy difícil de practicar entre instituciones tan alejadas como son la escuela y los teatros de ópera, auditorios...? ¿quizá habría que pensar en llevar el mundo profesional de la música al mundo educativo y no sólo en una dirección?*

R. Si, sin la menor duda, y ojalá. De vez en cuando se produce, bien con los Conciertos Didácticos, bien con los Circuitos de Música que organiza aquí en Andalucía la Consejería de Cultura... pero eso tendría que ser permanente; no habría por qué pensar que todo va encaminado del aula al auditorio y no al contrario. Ahí es donde yo creo que una buena y honesta política cultural tendría que hacerse. Porque ver en un aula un instrumento de cerca, ver cómo suena, incluso tocar... la cercanía que produce un músico en el pupitre... eso crea una emoción difícilmente olvidable. Y todos en nuestra vida, si echamos la vista atrás, tenemos momentos en los que lo que nos conmovió y nos movió posteriormente a hacer algo fue una experiencia de ese tipo.

Todavía más, y es algo que habitualmente no hablamos mucho pero que a mí, particularmente por mi profesión, me interesa como es el funcionamiento del cerebro: lo más importante, lo más esperanzador que está ocurriendo en la neurobiología, es que los propios científicos están alertando ya sobre que nada nace sin una emoción previa. Puede parecer que han sido opiniones de poetas, pero lo que más me está interesando en los últimos tiempos es que el origen del conocimiento, de cualquier conocimiento es siempre una emoción. Además, hay momentos en los que la amígdala, la parte central del cerebro, el origen de las emociones, es donde se producen las mayores impresiones que después conducen al cortex cerebral, que es donde ya está el área del pensamiento. Lo que están planteando los más importantes neurobiólogos es que emoción y pensamiento se producen en el mismo lugar y a veces de modo simultáneo, y que a veces separar lo que es el conocimiento de lo que es la emoción ha sido un error.

Un neurobiólogo estadounidense, Antonio Damasio, escribió un libro, “El error de Descartes”, planteando que Descartes, al separar razón de emoción (algo que ha predominado hasta nuestros días), y pensar que el hombre era fundamentalmente razón, cometió un error que lo estamos pagando; aunque después había intuiciones de que iban las cosas en otra dirección, pero no ha sido así. Pensar entonces que la escuela sólo debe educar en la razón, yo creo que es un error, porque estoy convencido de que no hay buen pensamiento, buen razonamiento sin una emoción previa.

En el caso concreto de la música, si lográramos de verdad que la emoción naciera porque el hecho de ver que en los lugares donde se piensa, se lee, se reflexiona, se aprende... hubiese momentos en los que la emoción estuviera presente, bien con la presencia de músicos, bien con la presencia libre, espontánea de audiciones que de repente crearan todo ese mundo personal, que surgieran todas sus emociones, todos sus sentimientos... si nos emocionáramos realmente en las aulas con la música, yo creo que eso nos conduciría indudablemente con más claridad hacia otros lugares. Pero, a veces, da un poco de sonrisa pensar que nosotros también podemos ser ‘promotores de emociones’. Parece que hablar de esto en el mundo educativo es una forma de perder el tiempo, ya que donde se ponga el razonamiento... pero creo que nos estamos perdiendo, nosotros y con nuestros alumnos, oportunidades extraordinarias de hacer que la emoción conduzca a las cosas. Sea con la música, con su afición o hobby, todo el mundo que reflexiona sobre sus pasiones, sobre lo que le importa, como recorra un poco su trayectoria, recuerda que al principio hubo una emoción sorprendente, que después ha construido y ha ido desarrollando con lecturas y con mil cosas. Pensar que la

emoción es una cosa marginal en el mundo educativo, creo que es un error, y específicamente en el mundo de la música, con más razón todavía.

*P. En la reciente experiencia multidisciplinar en la que has participado “Don Lindo de Almería”, hemos podido apreciar una creación múltiple, en muchos campos. Hay una observación desde el mundo musical en el sentido de si la dispersión que produce la acumulación de estímulos visuales, dramáticos, escénicos... desvirtúa el mensaje estrictamente musical. ¿Crees válido este tipo de experiencias?*

R. En este caso concreto de “Don Lindo” yo estoy convencido de que si, por una razón muy sencilla: lo que estamos presentando es lo que nació como un ballet, y nuestros niños es la primera vez que van a apreciar, a entender una historia simplemente con el movimiento de unos bailarines. A veces olvidamos que el simple hecho de que unos niños que nunca han visto un ballet, entiendan, aprecien, empujados a su vez por la música, yo creo que es una suerte. Pensar que con la máxima abstracción: colores, sonidos, movimientos... alguien entienda y viva... esa conjunción de estímulos es francamente excepcional. Yo estoy convencido de que en un ballet, los bailarines están obligados a hacer visibles los sonidos de una música; cuando se produce esa simbiosis de que un movimiento es la forma visible de un sonido, y que a la vez había un estímulo diferente, que un color llegaba... cuando el cerebro de un ser humano recibe ese tipo de estímulos, pensemos que el cerebro es quien elabora esa historia, ese sentimiento, esa emoción, y se entiende y se vive y se siente... yo creo que es un milagro. A veces podemos tener una tendencia a intelectualizar demasiado algo. Cuando niños, que tienen todavía un mundo emocional muy intenso, mas que razonable, emocionable, sientan a través de los ojos, del oído, con colores y movimiento... alguien esta contando cosas que le produce una emoción de placer, de satisfacción, de comprensión,... yo creo que en ese sentido sería como ponerle plomo a las alas. Lo primero es sensorial, y ahora, si sus maestros, padres, adultos que hay a su alrededor, si a esa emoción, a ese sentimiento que está metido en su cerebro, le agrega palabras, ideas, experiencias... para que vea que, además, hay otra cosa, perfecto. Pero que si alguien se va sólo con la impresión de que se le ha regalado un festín de sonidos, de imágenes, de colores, de movimientos,... para que comprenda algo, y se quedara ahí, sería una satisfacción enorme. Si después logramos, insisto, que se convierta eso en discurso, en conciencia, en aprecio de más cosas: cómo se ha construido esto, qué herencia tiene, qué influencias musicales anteriores, a qué movimiento pertenecía, cuál era la tendencia en el momento que se escribía, qué mundo interior expresa... si además le agregamos eso, sería la culminación de la comprensión, pero que si solamente se quedan al principio, eso es un regalo que nadie puede sustraer a unos niños que están empezando a abrir los ojos y los oídos a lo que la actividad humana ha hecho. Con adultos, si alguien escucha a Bach, y se emociona, sin saber quién fue, dónde compuso, sin saber cómo se llama la pieza, y se va feliz, pensando que ha asistido a algo realmente único, eso para mí es más que suficiente. Si después alguien le ayuda a desmenuzar, a construir... es como el reloj: si da la hora, da la hora; si después, alguien abre el mecanismo y ve cómo está compuesto... Con niños, bastaría con que se sintieran partícipes de algo que rompe todos sus prejuicios; a veces nos olvidamos de eso, que no han tenido nunca oportunidad de asistir a nada. Si alguien de pronto los atrae con una música y crea una emoción para el futuro, perfecto; después llegará el tiempo, ojalá, de hablar, de

desmenuzar, de desenredar las cosas.... pero si no, si se queda solamente en eso, es para estar muy contentos.

*P. Tienes mucha experiencia en descubrir a la comunidad cómo llegar a la lectura, a la creación literaria, el hábito de leer. En la música, el problema es el hábito de escuchar. ¿Qué principios y mecanismos deberíamos de contemplar para que los niños y jóvenes tengan el hábito de la escucha?*

Es muy complejo, porque en el fondo se trata de una cuestión que no es ni siquiera biológica. El ser humano, a lo que responde inmediatamente es a las necesidades biológicas: dormir, comer, descansar, abrigarse, sobrevivir... ;de lo que estamos hablando es de instalar al ser humano en una realidad que es cultural. Por ejemplo, lo natural es el ruido; el silencio es más cultural. Hay momentos en los que valorar el silencio, cuando uno lo necesita espontáneamente, es bueno; pero hacer que alguien se mantenga en silencio, para ver por ejemplo, lo que significa romper con la estructura, con el mundo en el que uno vive... uno cuando lee, se aísla, las dificultades para leer un libro es que hay mecanismos de defensa del cuerpo a ese gesto que es antinatural: te sales de la comunidad, aunque estés rodeado de gente, te sales, te introduces en un mundo inexistente que construyes con tus ojos y tu cerebro, y durante un tiempo, una o dos horas, estás aislado. Hay mucha gente, muchos jóvenes, que no soportan ese aislamiento, se sienten mal; si a su vez, les exigimos, como ocurre con la música, silencio y atención especial... claro, educar en ello, el estar en silencio, pretendiendo que esas notas que los instrumentos producen les ayuden a su vez a entender, a valorar, a desarrollar una historia... esa actitud cultural hay que crearla. Es ahí donde creo que debe intervenir alguien, adulto, para hacer posible entender que esa exigencia de silencio, de atención, de concentración, de soledad,...pertenece a una dimensión de la vida que puede ocasionar un placer único, excepcional. Pero eso, de entrada, no es fácil de apreciar, y como todo hábito cultural hay que crearlo.

¿Cómo hacerlo? Creo que en primer lugar, habría que ser conscientes de que los lugares en los que los niños pueden apreciar esto, tiene que crearse adecuadamente. Por ejemplo, en los colegios, las aulas tiene que haber momentos para hablar, para discutir, para chillar en el recreo... pero también tiene que haber lugares, horas y momentos para el silencio. ¿Esto es posible? Es muy difícil; de repente, esa tensión que los niños acumulan, por sus vidas, por sus circunstancias,... habría que crear momentos para no hablar, para no escuchar mas que el silencio de los demás... Esto cuesta mucho. Si la escuela puede tener todavía un punto de utopía sería lo mejor crear momentos de silencio y atención como parte de la educación. Sobre todo en este tiempo en el que el ruido forma ya parte intrínseca de la vida: hay un ruido ensordecedor permanentemente, y hay una inquietud permanente en los niños producida por los programas de Tv, por esa agitación permanente... Tener la oportunidad de aquietarnos, de hacerles ver que momentos en los que nos se hace nada, el cuerpo está paralizado y el cerebro está en su máxima atención, dedicar horas, las que sea necesarias a esa quietud, ese silencio, para que de ahí surja la música, sería realmente parte quizá de una utopía pero también de un proyecto que hiciera posible el aprendizaje de la escucha, que no se hace, salvo cuando tienen la suerte de encontrarse con maestros y maestras que confían en el poder casi terapéutico de esos momentos; confían tanto en los beneficios que pueden tener esos momentos que entregan su tiempo y su talento

para hacerlo posible. En las escuelas habría que hacerlo o buscar tiempo y momentos fuera de las aulas, lugares donde empezáramos a desarrollar un sentido tan maravilloso como el oído para escuchar cosas: una melodía, una palabra, un sonido delicado, la lectura de un poema... que el oído se abra, porque concedemos mucha importancia a abrir los ojos pero no los oídos. Eso habría que hacerlo de un modo confiado y continuado. ¿Eso es posible con la estructura actual, con la presión de los programas, con tantas cosas...? Es muy difícil, pero no renuncio a pensar que eso podría ser.

En conclusión, habría que dedicar tiempo a que los ojos fueran educados (lo son, quizás en una proporción grande), pero también a preparar los oídos para escuchar. Y ahí vale todo, la voz de una persona que les habla, que les susurra, de una melodía, de un instrumento, el sonido del agua... en una excursión, situarse para escuchar el canto de un pájaro, un río que suena... hacer conscientes a los niños a que los oídos te dan un conocimiento del mundo, que no lo dan los otros sentidos, eso sería muy necesario; el mundo también suena, bien de modo natural o de forma creada. Enseñar a escuchar el mundo, la naturaleza, la vida, la creación...sería un programa tan válido, tan urgente como enseñarles a mirar; parece que sólo le damos importancia a lo que entra por los ojos y bastante menos a lo que entra por los oídos. Quizás sea un programa demasiado ilusorio, pero ¿por qué renunciar a ello?

*P. En los últimos años se han multiplicado las ONGs. ¿Sería posible una ONG que recogiese aquellas iniciativas, aquellas personas interesadas vivamente en extender este tipo de reflexiones que compartimos tanta gente?*

R. Para mí, la ONG existe, serían los maestros. Pero si no podemos crearlos así, pensemos en algo fuera de lo que es estrictamente la profesión docente. Los ejemplos recientes y antiguos nos demuestran que en la conciencia de la gente hay siempre una sensación de que la música salva. Lo curioso, hablando de literatura, es que cuando uno indaga, bien con cuentos, con mitos o con historias... todas las culturas tienen en sus tradiciones la historia de que en hubo un momento en que la música salvó a alguien, a una persona, una ciudad, un pueblo...; yo creo que la música, en la conciencia de la gente, tiene esta capacidad de redención, de salvación. La cuestión es si esa sensación, esa impresión, ese conocimiento, esa tradición, esos mitos... somos capaces de ponerlos en la práctica. Es verdad que habría gente de esta ONG imaginada que debería de ir, como en el caso de la favela en "El milagro de Candeal": la música puede salvar, redimir a gente cuya trayectoria los enfocaba directamente a la perdición, a la muerte incluso, a las drogas, a las peleas, al horror... sin duda alguna. Y esta idea de hacer colectivamente, de juntarse, de expresar mundos mediante la percusión, los instrumentos,... claro que te salva. Una muy buena idea, por qué no, es pensar gente que cree en esto y lo hace extensible. Cuantos niños, por ejemplo en nuestro barrio de Almanjayar, gracias al flamenco, la música, la guitarra... hoy están en un lugar magnifico, cuando ellos mismos confiesan y todos sabemos que podrían haber ido por otra vía. Pensar que la música redime, salva a quien puede estar abocado a un camino que le conduce en muchos casos al horror... y si eso lo hacemos para salvar vidas gracias a la medicina, a la atención, a escuelas... ¿Por qué no a la música? Yo creo que podría estar en el inicio de esta idea, que me

parecería magnífica una ONG que hiciera de la música formas de salvar, de redimir y cambiar las cosas que no nos gustan: es cuestión de ponerse manos a la obra.

*P. Algunas recomendaciones más concretas en el mundo de la didáctica de la música y de la didáctica social.*

R. Muy poquitas cosas y muchas al mismo tiempo. En primer lugar, tener esperanza como la confianza en que las cosas puedan ser mejores, de un modo distinto, que puedan causar más felicidad que espanto y más alegría que dolor. Hay mucha gente que hace las cosas sin esperanza. En segundo lugar, hay que tener entusiasmo por las cosas, un entusiasmo en la vida por algo; recogiendo el significado original de la palabra entusiasmo, que me sigue pareciendo maravilloso: alguien poseído por los Dioses, por esa fuerza capaz de superar las dificultades, los obstáculos, los fracasos, las dudas... orientado fundamentalmente hacia el mundo, hacia la vida, para hacerla mejor.

Entusiasmo y esperanza serían dos cualidades que deberían tener todas las personas, y específicamente aquellas que han decidido hacer de la educación un mundo central en sus vidas. Con esperanza y entusiasmo, yo creo que salimos adelante, y me gustaría que fuesen dos cualidades de cualquiera que se dedicara o pensara transmitir algo a niños. No creo que la educación tenga sentido sin estas dos cualidades: no todo el mundo las tiene, pero en la medida de lo posible habría que exigirselas a la mayoría que va a trabajar con el mundo que empieza: todo los días llegan al mundo millones de niños y hay que recibirlos con lo mejor que tenemos, no con lo peor. Como cuando alguien llega a nuestra casa y lo agasajamos y le damos lo mejor que hemos preparado, que hemos sabido hacer. Pues recibamos a estos niños con lo mejor que tenemos; confiamos que van a transformar el mundo en un sentido mejor al que hemos dejado, y a su vez eso requiere que esa confianza se la transmitamos con toda la energía. Ojalá, pero aunque no fuese todo el mundo, yo creo que nos basta con un grupo numeroso de gente que confía en esto para que, menos mal y gracias a ellos, el mundo no vaya a peor. No va todo lo bien que quisiéramos pero... confiar y tener esperanza en el mundo que viene y sobre todo dar lo mejor de nosotros, el entusiasmo, la energía que hemos acumulado y que como adultos tenemos la obligación de dársela a los que están llegando.